

Una política de mundos paralelos

< POR FERNANDO BUSTAMANTE >

Las elecciones del 15 de octubre pasado han tenido la virtud de clarificar algunos aspectos no siempre obvios de la política ecuatoriana de los últimos cuatro años. En cierta forma, han permitido que caiga el velo de más de una mistificación y han puesto en su verdadera perspectiva la composición de fuerzas reales y los horizontes de acción de todo el país.

En lo inmediato, el posible triunfo de **Álvaro Noboa** en la segunda vuelta electoral de noviembre abre una perspectiva para la cual la izquierda reformista no estaba preparada: en los próximos cuatro años, el tema central de la política ecuatoriana no será la reforma política o la Asamblea Constituyente, sino —simplemente— una batalla defensiva más o menos desesperada para preservar lo que se pueda del Estado de derecho y de la institucionalidad liberal, frente al ascenso difícilmente contenable de una coalición mayoritaria de tipo populista /patrimonial.

Mientras la izquierda creía estar luchando para llevar adelante la agenda de abril de 2005, elevándola a un grado de concreción cualitativamente mayor, las elecciones permitieron el retorno enormemente potenciado de aquella misma coalición que los 'forajidos' creían haber derrotado con el derrocamiento del presidente **Lucio Gutiérrez**. Es posible, pues, que la misma alianza que instauró la tristemente célebre Corte Suprema de **Castro Dager** termine imponiéndose, pues al parecer ha retornado con renovada fuerza y en condiciones no solo de hacer frente a los anti-gutierristas quiteños, sino también suficientes para ajustar

Fotos: Benjamín Chambers.



cuentas con aquellos sectores del establecimiento político que habían intentado frenar su ascenso y la posibilidad de ser desplazados y reemplazados por los nuevos populismos de recambio.

Es necesario reconocer que los resultados electorales obligan a redimensionar las pretensiones de ese sector de la opinión pública identificado con el movimiento que contribuyó a derrocar a Gutiérrez en abril de 2005. A partir de esta fecha, su acceso a los medios formadores de opinión pública, su alta representación dentro de las *intelligentsias* nacionales y su relativa capacidad de vocería dieron la impresión de que su plataforma iba en camino de convertirse en expresión de aspiraciones mayoritarias y potencialmente hegemónicas.

Pero los resultados del 15 de octubre significan un despertar brusco para quienes abrigaban estas percepciones. Ha quedado claro que, mientras el escenario del debate era ocupado por los autodesignados herederos del 21 de abril y por sus preocupaciones (la reforma política y la refundación institucional del país), una mayoría importante de la población y de las regiones ecuatorianas mantuvo sus propios ritmos y sus propias prioridades, en procesos políticos muy diferentes y orientados hacia otras metas.

También está claro que en el Ecuador actual corremos el riesgo de vivir en dos países políticos muy distintos, que se mueven en paralelo, en medio de grandes dificultades para converger, incluso en un lenguaje común mínimamente compartido. Dicho de otra manera, un Ecuador político se halla preocupado por los problemas de la gobernabilidad, de la institucionalización de una democracia más representativa y más profunda, y por la lucha en contra de la corrupción política. Mientras que el otro Ecuador, más numeroso y más amplio, trata de resolver quiénes serán los nuevos caudillos populistas y está abocado a las luchas dinástico-sucesorias de las organizaciones patrimonialistas que constituyen la base de la política populista tradicional.



La pregunta para las *intelligentsias* políticas gira en torno a cuál será la organización constitucional del Estado que permita modernizar las instituciones y promover un ‘verdadero’ orden democrático y republicano. Para el ‘resto’ del país —un resto por lo demás mayoritario— la pregunta central es quiénes serán los nuevos ‘padrinos’ populistas que retomarán la tarea siempre recomenzada y nunca terminada de construir la dominación política sobre la base de redes de clientelismo y de jerarquías patrimoniales. Mientras la política de los reformadores es la política iluminista de las instituciones liberales, la política del ‘Gran Ecuador’ es la política de las luchas por el relevo dinástico frente al agotamiento de las capacidades y poderes de los ‘linajes’ partidistas constituidos. Dicho de manera más cruda: se trata de decidir quiénes tomarán el lugar de las desfallecientes maquinarias electorales socialcristiana, roldosista y socialdemócrata.

La geografía electoral que emerge del 15 de octubre pasado permite discernir tres ‘Ecuadores’, aunque dos de ellos son variantes de una misma lógica. Quito, Cuenca, Loja y sus entornos —las ciudades más grandes y cosmopolitas de la Sierra— constituyen un mun-

do electoral por sí solo. En estas zonas triunfaron Alianza País, la RED y los candidatos que hacen del tema de la reforma (y su corolario, la Asamblea Constituyente) su caballo de batalla político-electoral. Este es el Ecuador que se horrorizó con el *gutierrismo* y con el golpe contra la Corte Suprema defenestrada por la coalición montada por Gutiérrez, Noboa y **Bucaram**, y que se movilizó en contra del régimen de la Sociedad Patriótica en nombre de los valores iluministas y liberales del Estado de Derecho y de la defensa de las libertades.

Pero esta región se halla enquistada entre otros dos mundos (la Sierra central y la Amazonía por un lado, y la Costa por otro) cuyas preocupaciones son muy diferentes. En ellos nunca se entendió por qué fue derrocado Gutiérrez; defenestrar al ex-coronel de Ejército pareció un arbitrario acto de unos quiteños alienados del resto del país: frívolamente desmontaron un régimen que llevaba adelante una gestión económica exitosa mientras construía una maquinaria populista clientelar que podía cumplir —en las provincias menores de la Sierra y de la Amazonía— un papel equivalente al de la maquinaria socialcristiana en Guayaquil y al de la roldosista en el resto de la Costa.

En realidad, quienes salieron a las calles –básicamente a las de Quito– en abril de 2005 terminaron haciéndole el juego al patrimonialismo socialcristiano, para el cual desplazar a Gutiérrez y Noboa era un problema estrechamente vinculado al de la hegemonía cacical y a sus disputas intestinas. Creyendo defender el Estado de derecho y las libertades –frente a un incipiente dictador– esos movimientos ciudadanos terminaron sirviendo de peones de los caciques socialcristianos y de los sectores de la Izquierda Democrática (ID) que buscaban una especie de pacto de co-gobierno con el Guayaquil *febrerista*.

Al parecer estamos presenciando un realineamiento de las fuerzas cacical-clientelares y su correspondiente proceso sucesorio al interior de esas maquinarias electorales. En la Costa, el PRIAN de Álvaro Noboa está reemplazando al roldosismo (en franca retirada) y, posiblemente, desafiando la hegemonía socialcristiana en Guayaquil. Por su parte, la Sociedad Patriótica estaría tomando el relevo de la ID en amplias zonas de la Sierra, e incluso proponiendo a los grupos indígenas de la Sierra y la Amazonía un polo de atracción alternativo a Pachakutik.

Sin embargo, mientras que la emergencia del PRIAN como partido hegemónico en la mayor parte de la Costa no representa ningún cambio importante en el modus operandi político de esa región (salvo quizás porque implica un sinceramiento por medio del cual el desdoblamiento clásico entre el poder económico y sus operadores políticos se suelda a favor del primero), en la Sierra el *gutierrismo* sí implica una seria transformación de la forma de hacer política. Tanto la ID como Pachakutik habían significado sendos esfuerzos por llevar adelante un proyecto de construcción partidista desde perspectivas ciudadanas. Mientras la ID representaba una concepción liberal de la ciudadanía y era la mejor heredera de la tradición ‘ilustrada’ del pensamiento laico ecuatoriano, Pachakutik buscaba construir una noción de iden-




idad política desde la autonomía de la diferencia cultural y desde un comunitarismo etno-cultural, independiente de la presión de las tradiciones cacicales y hacendarias que tanto han impactado en la cultura política del campesinado andino. En todo caso ambas vertientes, aunque claramente diferentes una de otra, representaban alternativas al caciquismo populista enseñoreado en la Costa al menos desde los años cuarenta del siglo pasado.

Por su lado, Sociedad Patriótica representa la exitosa introducción de una lógica política análoga a la del populismo costeño, pero en el marco etno-cultural andino y amazónico. Es por esto que Lucio Gutiérrez actúa más cómodamente como asociado a los Noboa y a los Bucaram que a la ID o a los movimientos ciudadanos de base de Alianza País. Si el ascenso electoral de Sociedad Patriótica fuese mayor, o si lograra

penetrar en los reductos urbanos de la política ‘iluminista’ y ciudadana, la posibilidad de un proyecto democrático-liberal sustantivo se encontrará en severo entredicho: esto significaría el triunfo definitivo del populismo en su larga batalla por copar la lógica de la acción política en el Ecuador.

Las fuerzas electorales que representaron la opción liberal en las elecciones recién pasadas son, sin duda, culpables de equivocar su análisis político durante la campaña. Esta equivocación tendría mucho que ver con ciertas tendencias autistas de las *intelligentsias* ‘ilustradas’, en especial de aquellas afianzadas en los principales centros urbanos de la Sierra. Ellas dimensionaron los acontecimientos de abril de 2005 como un mandato nacional, e interpretaron que su problemática refundacional era una demanda universal que traspasaba al país en su conjunto y a todos los estamentos sociales.

Pero el desenlace de los comicios ha demostrado los límites de este proyecto ‘civilizador’ y, más aún, la persistencia y rejuvenecimiento de los mecanismos culturales, ideológicos y simplemente consuetudinarios de la dominación más tradicional. Es notorio que el recurso al imaginario del clericalismo y a una religiosidad popular mesiánica, paternalista y barroca ha salido de su relativo alejamiento, incluso poniendo en duda el legado de la Revolución Liberal. No solo Álvaro Noboa ha usado generosamente estas formas del imaginario religioso, sino que éste también ha encontrado cabida en las actitudes e ideas de algunos segmentos (y de algún candidato) de los movimientos ciudadanos y políticos reformistas.

En definitiva, la política de los padrinos ha demostrado que su mundo paralelo se halla intacto y que le es posible emprender la conquista y la disolución de aquellos electorados que aún sueñan –en su propio mundo paralelo– con la constitución de una modernidad ciudadana y de un Estado de derecho de tipo liberal. 

Catedrático de la USFQ y analista político.